

El reto de ser amigos de la libertad

Jorge Eduardo Velarde Rosso

Pudiera parecer que el momento actual en el continente latinoamericano es el menos propicio para intentar difundir los valores liberales. Pareciera que nuestros pueblos gustosamente han preferido sacrificar la libertad en aras de un par de bonos y una aparente mejoría en su calidad de vida. Las libertades formales están cada vez más amenazadas pero a pocos parece importarles. Ser liberal hoy en Latinoamérica es ir contracorriente.

Y sin embargo, no es este reto sobre el que quisiera reflexionar en las siguientes líneas, pues considero que existe uno anterior y más fundamental. Porque el contexto actual es como toda realidad histórica, algo transitorio. El reto al que me refiero es más personal, por decirlo de algún modo. En otras palabras, me refiero a un tipo de lucha interna del individuo consigo mismo por encarnar y vivir los valores liberales.

Fue Lord Acton quien escribió en su obra '*Historia sobre la Libertad*' que en todos los tiempos los amigos sinceros de la libertad han sido pocos. A lo largo de su obra, Acton va mostrando cómo efectivamente la libertad está siempre amenazada y necesita de esos pocos amigos sinceros para sobrevivir. Pero ¿por qué pocos? ¿No es acaso la libertad uno de los anhelos más grandes del ser humano?

Evidentemente sí es uno de los anhelos más poderosos que puede experimentar un ser humano, pero no es el único. La libertad no es una amiga complaciente sino todo lo contrario. En primera instancia ella reclama responsabilidad personal. La verdadera libertad no puede desligarse de ella; quien quiera ser libre debe asumir conscientemente la responsabilidad de sus propios actos. En otras palabras, la persona libre responde de sus triunfos pero sobre todo de sus fracasos. Siempre será más fácil responder "yo fui" cuando la pregunta sea "¿quién es el responsable de este éxito?" Pero cuando la cuestión cambia a "¿quién es el responsable de este fracaso?" debemos admitir que es más raro escuchar la misma respuesta. Y sin embargo, ese es el precio de ser verdaderamente libres a nivel personal, pues quien no sabe asumir sus propias faltas y errores no será amigo de la libertad; al menos hasta que no cambie esa actitud.

Quien no asume la responsabilidad de sus actos se comporta de manera infantil, reclamando independencia para satisfacer sus caprichos, pero pretendiendo la presencia de un adulto cuando debe realizar una tarea difícil, desagradable o simplemente cuando debería asumir la responsabilidad de sus acciones. Cuando se trata de un niño verdadero esa actitud es comprensible pues todavía no ha aprendido a comportarse adecuadamente y realmente necesita del adulto que responda en su lugar. Pero en nuestras sociedades cada vez son más frecuentes este tipo de comportamientos entre adultos; a quienes ya no se puede excusar tan fácilmente. Y también a nivel social vemos como los grupos de presión, los movimientos sociales, etc. tienen

cada vez más este patrón de comportamiento. Si tienen éxito reclaman independencia, si fracasan exigen subsidios.

Como acabamos de ver, muchos no superan esta primera dificultad que implica apostar decididamente por la libertad. Desde la óptica liberal, es increíble que tanta gente prefiera – consciente o inconscientemente – sacrificar su libertad personal con tal de obtener a cambio la supuesta seguridad de no equivocarse nunca. Y sin embargo, los hay muchos.

Pero todavía queda otra gran dificultad, que en ciertas circunstancias puede ser aún más difícil, a saber; aceptar la existencia legítima de los otros distintos a mí. Si no la hubiéramos sentido todos alguna vez, sería difícil entender cómo es tan fuerte la tentación de querer ejercer poder y dominio sobre los demás. Es necesario decir que existe un ejercicio legítimo del poder, pero ese no es el tema del presente ensayo. Aquí nos queremos referir a la tentación tan universal de querer que otro ser humano haga lo que uno le ordena. En mayor o menor escala todos lo hemos sentido, todos lo hemos ejercido y todos lo hemos padecido. Ahora bien, no todos tienen la voluntad de ejercer este poder –legítimo o no– a gran escala, pues eso implica demasiada responsabilidad. Quienes sí la tienen, son los que lucharán por convertirse en líderes, ya sea del club deportivo, del grupo de amigos, de una empresa o de la nación entera.

En todo caso, ya sea uno líder de algo o no lo sea, el reto sigue siendo el mismo; aceptar la existencia legítima del que piensa y vive distinto. El otro siempre interpela a mi yo más íntimo. El amor, por ejemplo me obliga a descentrarme de mí mismo y abrirme para establecer un nuevo centro de mi vida en el otro. Este ejercicio, que en el amor se hace con relativa facilidad, no lo es tanto en otros aspectos de la vida social. ¿Será esta una de las razones por las que nuestros gobiernos actuales tienen esa característica nacionalista-regionalista tan chauvinista? Han sido tantos los intentos de eliminar la diferencia desde el Estado en Latinoamérica y en el mundo que no hace falta mencionar ninguno. De ahí la importancia de preservar la democracia pluralista, pues ella busca garantizar el respeto supremo por la diferencia de los seres humanos sobre la base de una igualdad ontológica primordial. De lo contrario, la diferencia siempre será vista como una amenaza a la propia individualidad o al propio grupo y por lo tanto el distinto será un enemigo, nunca alguien del que puedo aprender y enriquecerme. Y este es un reto nada fácil, pues la tentación de forzar al otro ha actuado de la manera que yo creo más adecuada es muy humana, basta que revisemos nuestro comportamiento diario. Tan cierto es esto que bajo el pretexto de tener (supuestas) buenas intenciones podemos llegar a creer legítimo privar al otro de su libertad en nombre de su propio bien.

Quien procura ser verdaderamente ‘amigo de la libertad’ está perfectamente consciente de que si quiere reclamarla para sí mismo debe hacerlo en igual medida por aquel que es y piensa distinto; dejándolo comportarse como él piense más adecuado. Lo más que podremos hacer será aconsejar, dando nuestras razones, pero siempre respetando su libertad personal. He aquí pues el reto de ser amigo de la libertad, ese reto fundamental que se lucha en el fuero interno de cada ser humano y que requiere ser actualizado constantemente.